

Experiencias de desempleo en hombres y mujeres en la ciudad de Bogotá, Colombia

Unemployment Experiences in Men
and Women in Bogotá, Colombia

Alexandra Fierro Morales*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá

Resumen

El objetivo fundamental de este artículo es mostrar la manera en que el desempleo afecta la identidad de las personas, su vida diaria, sus expectativas, deseos, así como sus relaciones, tanto privadas como públicas, y cómo esto configura, desconfigura y reconfigura su visión del mundo, de la política, del trabajo en sí y de ellos en la actual situación social. También se pretende entender cómo estos cambios afectan de manera diferenciada a hombres y mujeres, a jóvenes y viejos, en qué aspectos son más sensibles, así como entender cómo se cruzan razones y emociones en los relatos de vida de estas personas, trabajadores y trabajadoras bogotanas.

Palabras clave: condiciones laborales, desempleo, precariedad laboral, relatos de vida.

Abstract

The primary aim of this article is to show the way in which unemployment affects the identity of people, their daily lives, expectations, desires and relationships, both private and public, and how this fact configures, unconfigures, and reconfigures their vision of the world, of politics, of work itself, and of themselves in the midst of the current social situation. It also aims to understand how these changes differentially affect men and women, young and old, in what aspects each and everyone of them are more sensitive, and how reasons and emotions intersect in the life stories of these people, male and female workers from Bogotá.

Key words: life stories, precarious work, unemployment, working conditions.

Artículo de investigación científica.

Recibido: mayo 5 del 2010.

Aprobado: noviembre 1 del 2010.

* Socióloga de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinadora del proyecto “Inventario de Patrimonio Cultural de los municipios de Cumaral, Puerto Gaitán y la Macarena, en el departamento del Meta”. Proyecto desarrollado por el Centro de Extensión Académica de la Facultad de Artes de la Universidad Nacional de Colombia · alejafierro@yahoo.com

Introducción

Los relatos de seis mujeres y cinco hombres constituyen la base empírica de este trabajo que buscó contrastar experiencias de vida para buscar cambios y permanencias en las percepciones de los entrevistados sobre el trabajo y la manera en que se han insertado a la vida laboral hombres y mujeres con diferentes trayectorias sociales. Esta tabla permite ver un perfil general de las personas cuyos relatos hacen parte de este trabajo:

Tabla 1. Perfiles

Nombre	Edad	Nivel de escolaridad	Profesión / oficio / último empleo	Situación civil
Leidy	18	Bachillerato incompleto	Mesera	Unión libre
Diana	26	Universidad completa	Comunicadora social / vendedora	Soltera
Claudia	25	Universidad completa	Comunicadora social / secretaria	Soltera
Soledad	57	Universidad completa	Administradora / modista	Soltera
Natalia	19	Universidad en curso	Estudiante / auxiliar de oficina	Soltera
John	19	Universidad incompleta	Conductor	Unión libre
Andrés	31	Universidad completa	Coordinador de archivo	Soltero
Édgar	31	Técnico incompleta	Técnico gas natural	Soltero
Harbey	45	Bachillerato	Vigilante	Separado
Pedro	46	Universidad Incompleta	Contador	Separado
Luis	46	Posgrado	Pedagogo	Separado

Fuente: Elaboración propia.

En la primera parte de este artículo se abordan de manera sucinta los supuestos teóricos y conceptuales que guiaron la investigación: el trabajo como forma cultural, los conceptos de experiencia, identidad y trayectorias sociales. Luego, se mostrará, de manera panorámica, el actual contexto laboral de nuestro país. Después, el artículo presenta detalladamente, los hallazgos de la investigación y termina con una serie de conclusiones.

Supuestos teóricos

Experiencia

“Experiencia” es un término que engloba los diversos modos a través de los cuales las personas conocen y construyen la realidad. Estos modos van desde los más directos y pasivos sentidos (el gusto, el tacto, el olfato) hasta la percepción visual activa y la simbolización como modo

indirecto. La emoción permea el pensamiento, tanto como el pensamiento la emoción y es a través de este continuum que el individuo conoce. La experiencia es vital para el proceso de aprendizaje (Yi-Fu, 2001, p. 8). Si bien la experiencia es individual, está marcada por una serie de elementos como la clase, el género, la edad, la generación, las pertenencias étnicas, las creencias, etc., que configuran la manera en que las situaciones vividas son interpretadas por los diferentes agentes y que permiten diferenciar puntos de vista según sea la ubicación de las personas en el campo social. El término “experiencia” resulta fundamental para este estudio, en la medida en que permite relacionar la reflexión y la emoción, y la manera en que el género y la edad matizan las interpretaciones dadas a la situación de desempleo.

El trabajo como forma cultural

La relación empleo-desempleo como fenómeno que trastoca, cambia y produce sentido, debe entenderse como forma simbólica, en términos de Thompson. Toda forma simbólica es producto de un momento socio-histórico determinado, de un campo en lucha, y de relaciones asimétricas de poder y puede ser interpretada a partir de los recursos y habilidades de los diferentes actores. Las formas simbólicas son formas en permanente valoración, evaluación y conflicto (Thompson, 1993, p. 150). La relación empleo-desempleo es una forma simbólica en tanto le sirve a los sujetos que comparten su significado para orientarse en el universo simbólico. Les sirve para saber donde se encuentran ellos mismos y los otros y para dónde van. Es decir, sirve de referencia en el espacio y tiempo social. La comprensión del fenómeno exige tener en cuenta la forma en que se mide, el contexto en que surge, sus condicionantes estructurales, los actores que lo interpretan y los conflictos que genera.

Si la situación de desempleo implica cuestionamientos en los sujetos, estamos sin duda frente a un problema de interés subjetivo. Si el desempleo obedece a una reestructuración del modelo productivo, que fue el eje organizador de la vida familiar y social y de las identidades y si esta reestructuración afecta la experiencia subjetiva, que a su vez plantea otras formas de orientarse en el universo simbólico, entonces, estamos ineludiblemente frente a un problema cultural.

Cultura e identidad

La identidad es la apropiación selectiva de los elementos que conforman los repertorios culturales de nuestro entorno social. Si una de las características fundamentales de la identidad es la creación de límites entre un nosotros y los otros, es precisamente la suma de ciertos rasgos culturales distintivos lo que nos permite la diferenciación:

La identidad no es más que el lado subjetivo (o, mejor, intersubjetivo) de la cultura, la cultura interiorizada en forma específica, distintiva y contrastiva por los actores sociales en relación con otros actores [...]. La cultura es la organización social del sentido,

interiorizado de modo relativamente estable por los sujetos en forma de esquemas o de representaciones compartidas, y objetivado en “formas simbólicas”, todo ello en contextos históricamente específicos y socialmente estructurados. (Giménez, 2005)

Claude Dubar plantea que la identidad se produce a partir de dos procesos heterogéneos: el proceso biográfico es la

[...] identidad para sí —de lo que somos o queremos ser— hecha por uno mismo y el proceso relacional, sistémico, comunicacional, de una identidad hecha por y para el otro [...], cuyas posibilidades son finitas, ya que parten de esquemas de tipificación e implican la existencia de tipos identitarios, es decir, de un límite de modelos socialmente significativos que permiten realizar combinaciones coherentes de identificaciones fragmentarias. (Dubar, 1991, p. 117)

En la medida en que la identidad se construye desde la visión individual y personal —lo que soy o quiero ser— y lo externo o relacional —lo que yo muestro o los demás ven en mí— la situación de desempleo genera una serie de conflictos en la identidad que se ahondan en tanto el desempleo se vuelve una situación constante o de larga duración.

Trayectorias laborales

Incluir la trayectoria como categoría básica de interpretación, permite entender el mundo del trabajo que han vivido las personas entrevistadas que en este momento se encuentran desempleadas. Sus experiencias pasadas son el prisma a través del cual significan y tratan de explicar parte de su situación actual. Hablan de la forma en que están situados en un contexto social y cómo creen ser vistos y tratados por otros sujetos con los que interactúan. El desempleo, como forma cultural, se asocia directamente con la categoría de trabajo, afecta la cultura y la identidad. En esta propuesta de investigación, el desempleo fue abordado a partir de las experiencias de desempleo y las trayectorias previas de ocupación.

Las personas entrevistadas

Los cambios en el mundo del trabajo en la sociedad contemporánea se reflejan de manera predominante en la transformación de las relaciones laborales. El trabajo asalariado, relación básica de la producción industrial, configuró en muchos aspectos las sociedades industriales: organizaba la vida familiar y social y daba el estatuto de ciudadanía. Esta relación ha venido siendo desplazada por otras formas de inserción en el mercado laboral, que implican su debilitamiento como matriz cultural “sobre la que se constituían los vínculos sociales de la modernidad industrial, al socavar su capacidad de suministrar formas de afiliación o pertenencia a identidades y proyectos colectivos” (Melucci, 2001, ctd. en Godoy, L., Díaz, X. y Stecher, A. (eds.), 2005, p. 6). Según el informe titulado

“Estudios sobre la calidad de empleo en Colombia”, realizado por Stefano Farné (2003) para la OIT, los trabajadores independientes tienen un acceso reducido a la seguridad social. Los niveles de afiliación conjunta a salud y pensión de los independientes es muy bajo: 10,1% (hombres) y 7,4% (mujeres), frente al 54,4% y 52,2% de los hombres y las mujeres asalariados. Si bien la situación de los independientes es alarmante, las cifras de afiliación de los asalariados tampoco son positivas, si se observa que casi la mitad tampoco cuenta con este derecho. Otra cifra significativa es la de las mujeres independientes que están afiliadas tanto a salud como a pensión, que suma apenas el 7,4%. Y el de las mujeres que no están afiliadas a ningún tipo de protección social, el 38,7%. Los ingresos de quienes trabajan por cuenta propia y de los empleadores tienden a concentrarse más que los de los asalariados por debajo de 1,5 salarios mínimos, sobre todo en el caso de las mujeres que, en todo caso, presentan un porcentaje altísimo (77%) entre los salariables con ingresos menores a esta cifra. Por último, los hombres que realizan una actividad independiente trabajan más horas que sus homólogos asalariados. El indicador de las horas trabajadas por las mujeres independientes señala que casi un 77% trabaja menos de 48 horas, lo cual se relaciona con sus bajos ingresos, que pueden sugerir un trabajo a medio tiempo o a destajo. Estas cifras dejan ver la precarización general de las condiciones del empleo en Colombia y las condiciones de sometimiento de la mano de obra, especialmente de la menor calificada.

Hallazgos de investigación

Las trayectorias sociales de las personas entrevistadas marcan las trayectorias individuales y las diferentes posibilidades que el mercado laboral les puede o no ofrecer. El trabajo, en la medida en que constituye un espacio de dominación por excelencia, es un campo en que las credenciales educativas, sociales y culturales tienen un peso extraordinario. Sin credenciales legítimas, la persona está expuesta a todo tipo de arbitrariedad, en un mercado laboral que es flexible para el empleador y tiránico para el empleado. Las personas de origen rural, en la medida en que carecen de cualquier tipo de credencial, están más expuestas a condiciones de trabajo servil. El empleo doméstico y el sector servicios son los “yacimientos de empleo” que la sociedad urbana tiene destinados para ellas. En la medida en que estos son los campos del espacio social más sujetos a las presiones del mercado, son también los campos donde la dominación y el maltrato se manifiestan con mayor fuerza y donde las opciones de estos(as) agentes de exigir el respeto, ya no de sus derechos —porque la legislación laboral es cada vez más exigua—, sino de su persona, se hace cada vez más difícil. Veamos los casos de Leydi y Soledad, dos de las mujeres entrevistadas. Leydi, de 17 años, proviene de un entorno rural en donde las relaciones laborales implican una indefinición sobre las tareas aún más profunda que en la ciudad. Leydi atendía la panadería y cumplía labores domésticas propias de la casa de la señora con que trabajaba. Al

igual que Leidy, Soledad (58), proviene de un entorno rural. Este es el testimonio de Soledad, quien tuvo una trayectoria laboral como empleada doméstica, trabajadora en la industria textil y modista por cuenta propia:

—¿Y seguiste trabajando interna en la casa?— a ver, a ver, yo cuando estudié primaria y bachillerato fue estando ahí. Pero eso fue tremendo porque ella, la señora, me acosaba mucho. Así estuvieran hechas las cosas, a ella no le gustaba. Además, tenía prohibido salir después de las seis de la tarde de mi casa, de ahí de donde trabajaba, yo no tenía permiso. La modistería la estudié a escondidas; en el día, dos horas. Cuando al fin un día me le puse también de frente y un cura, uno de los curas que le ayudaba al primo de ella, —por él fue que yo llegué a esa casa— me dijo: usted nunca va a ser niña toda la vida, mire a ver que hace, no se deje regañar, no se deje tratar mal. Entonces él me aconsejaba así. A escondidas, primero a escondidas, y después me le enfrenté, pues él me aconsejó que me le enfrentara, que no siguiera haciendo las cosas a escondidas. Pero cuando yo me le enfrenté, ella descubrió que yo estaba estudiando primaria y modistería al tiempo. Eso fue terrible porque no quería que saliera tanto tiempo, entonces me aburrí y me salí, y ya.

El control del tiempo y de la movilidad de Soledad habla, no de una relación laboral, sino de una relación servil. En el caso de Soledad se conjugan diferentes tipos de dominación: la de clase, la de origen geográfico y la de edad.

Entre las razones más mentadas por los trabajadores rurales que migran a la ciudad, está la de alejarse de los empleos serviles que les imponen ataduras con la tierra, la familia, los patronos, es decir, las relaciones de dominación sobre la vida personal, más allá del trabajo. Una vez en la ciudad, se someten a procesos de proletarización en los que, efectivamente, se da ese desligamiento en las relaciones sociales. Sin embargo, este tránsito es más factible para los hombres. En los relatos de las mujeres, los trabajos serviles —o la obligación de ser serviles en el trabajo— se hace especialmente notoria. Las mujeres de origen campesino son las más afectadas por esta situación y las que menores herramientas tienen para lograr diferenciar los límites entre lo legal y lo ilegal. Las mujeres socializadas en contextos urbanos y que han accedido a algún tipo de formación universitaria no escapan a este tipo de trabajos. Si bien para ellas estas ocupaciones tienen sólo un sentido instrumental, a pesar de ser conscientes de la situación de abuso de la que son víctimas, el conocimiento de los derechos no viene acompañado de un rechazo inmediato del abuso: lo consienten por el temor a quedar nuevamente desempleadas. Veamos el caso de Natalia, joven universitaria bogotana:

Con los abogados ya fue más terrible, porque yo hice el acuerdo directamente con el abogado y me dijo que él me pagaba semanal por las horas que yo trabajara. Cuando yo salía de la universidad, corría a la oficina, trabajaba de una y media o dos hasta las seis de la

tarde. Y, pues, yo aprendí a hacer de todo allá. Porque yo era prácticamente la asistente de ambos abogados. Y cada uno me pagaba prácticamente lo que quería a la semana. Yo no estaba ganando más de sesenta mil pesos y pues yo me sentía mal, porque realmente era agotador. Me bajé mucho de peso, estuve enferma varios días. Uno se moja, camina, sin almorzar y es complicado. Pues yo entendía que el trabajo de asistente personal recoge muchas cosas, o sea, es lo personal de la persona, sí, de la persona. La abogada, en este caso, era muy exigente y yo entendía eso, ella quería todo perfecto, todo bien, y yo misma me exigía muchísimo, pues, para cumplirle a ella. En ese caso pagaba servicios, hacia las vueltas personales, eso para nada me incomodaba le pagaba la pensión de los hijos, le recogía los resultados médicos, sí, a mí para nada me molestaba. Lo que me molestó realmente fue el día que ella me puso a hacer el aseo de la oficina. Porque ella le pagaba a una señora para que hiciera el aseo. Hasta que un día ella me dijo que si yo me ponía las pilas para que hiciera el aseo. Entonces yo le dije: pues yo hago lo que yo puedo mientras yo tenga tiempo, yo limpio el polvo, a mí tampoco se me va a caer nada, yo limpio el computador, recojo los papeles, archivo. A mí no me pasa nada, pero ya después se puso brava que porque yo no aspiraba, que porque yo no barría, que las ventanas, que porque... entonces, a mí no me gustó eso porque ella, precisamente, le pagaba a una señora para que hiciera ese trabajo. Y a mí no me estaba pagando por eso, eso me disgustó muchísimo.

La “polivalencia” funcional de Natalia es impresionante. Su jefe le fue aumentado tanto las exigencias que, al final, Natalia debía responder por actividades que iban desde el aseo de la oficina hasta los procesos atendidos por la doctora, a pesar de estar apenas en segundo semestre de derecho. El hecho de ser mujer, acostumbrada a las labores domésticas, el alto grado de responsabilidad y el compromiso asumido por ella, facilitaron que se perdieran los límites en las labores asignadas en este trabajo informal. El hecho de ser aprendiz y su deseo de conocimiento y formación generaron unos niveles de tensión y una sobrecarga emocional que le trajeron problemas de salud. Vemos, entonces, que el origen rural de las trabajadoras, que facilitaba la relación servil, deja de ser condición necesaria para que las mujeres sean sometidas a trabajos serviles. Basta, ahora, con la inestabilidad laboral. Ya no es posible establecer una relación gratuita entre la condición urbana o industrial y la proletarización. Esto es “una nueva especie de servidumbre”.

A las dificultades de los sectores populares de romper las trayectorias sociales que tienen “asignadas”, ahora se suma una carrera contra el tiempo. Cada vez, el mercado laboral exige una mayor congruencia entre el tiempo social asignado para terminar cierto ciclo educativo y la construcción de las trayectorias laborales. Y este tiempo social es resultado del tiempo y del capital económico y cultural que solo ciertos sectores

sociales pueden invertir: terminar el bachillerato a los 17 años y estar graduado a los 22 años como profesional. En un mercado donde el umbral de la edad es cada vez más bajo y la sobrequalificación campea, los sectores que, para lograr un diploma —no siempre legítimo—, deben invertir más tiempo —carreras interrumpidas, conciliación de esos “trabajos” que les ofrecen con estudio, estudio nocturno—, tienen otra desventaja comparativamente con quienes pueden cumplir este tiempo cultural y los puestos que pueden ocupar posteriormente lo evidencian.

Ya el negocio se puso fue muy pesado, ya más o menos hacia el año 98, en esa época, pues, me tocó retirarme de la universidad. Llegué hasta sexto semestre y el negocio, pues se fue acabando, también se fue poniendo muy pesado se robaron una cantidad de andamios, y entonces el negocio se vino abajo. (Pedro)

Allá también me di cuenta que no me daban la oportunidad de estudiar. Mi horario de estudio es de seis y media a diez de la noche. Pero no lo pude trabajar. Se me cruzó totalmente, porque salía a las seis y media de trabajar y no podía estar en la 190, entonces se me cruzó totalmente. Ya después, de los 50 compañeros que estaban ahí, solo yo estaba estudiando, entonces, me tocó renunciar. (Édgar)

Conciliar el estudio con trabajos absorbentes en los que no se puede anticipar ni el cumplimiento de las obligaciones en un tiempo determinado, ni el lugar en el que se hará la labor, resulta prácticamente imposible. El desgaste físico ocasionado por estas ocupaciones es, a su vez, otro impedimento para un rendimiento académico adecuado, en caso de que logren llegar a las clases nocturnas o a estudiar en la casa. Esto responde Natalia cuando le pregunto por la forma en que conciliaba trabajo y estudio:

Eso es más control mental y un estado que uno debe aprender a perfeccionar. Yo llegaba a la casa, pues yo vivo bastante lejos. De donde trabajaba a donde vivo pues me demoraba más de una hora en llegar. Entonces, llegaba cansada y todo, pero igual yo me sentaba y estudiaba y leía lo que tenía que leer. Se me complicaba, claro, porque vivía agotada, pero lo aprendí a manejar. Ahorita si me siento así como relajada, pues porque tengo más tiempo.

Los cambios en el trabajo como actividad social implican resignificaciones. La crisis económica y social se da por la flexibilización del trabajo. La crisis cultural se da en la revaloración del trabajo, en la resignificación de lo que se hace y del modo en que se hace, en que se piensa, se mide, se valora y se paga. Porque no solo se limita a la cuestión del intercambio económico de la fuerza de trabajo —cuánto le pagaban a alguien por hacer algo y cuánto recibe ahora—, sino que abarca todas las dimensiones personales organizadas en torno al trabajo-empleo: cómo se veía esa persona, qué se esperaba de ella, qué esperaba ella y qué, efectivamente, se le daba. Hay un desorden de la forma cultural conocida como empleo porque cambiaron en la medida en que el modelo productivo

y la relación social que se postuló para este intercambio de fuerzas —el empleo— sin ofrecer una nueva alternativa aceptada culturalmente, estamos en un momento de tránsito entre el modelo de relación laboral de la sociedad industrial y el que se desarrolla en la sociedad posindustrial. Desafortunadamente, son los empleados precarios los más afectados por esta falta de referentes, que no les permite generar estrategias efectivas de resistencia. La incertidumbre de un mercado laboral flexible acompaña tanto a empleados como a desempleados y se hace tangible por medio del miedo a la exclusión que están viviendo o que podrían vivir. Este miedo es aprovechado por los empleadores, permite el abuso del empleador y la sumisión del empleado. Se trastoca, entonces, el orden (basado en una legislación protectora en los sectores de empleo asalariados formales o en una responsabilidad social del empleador presionada por cierto control social, religioso comunitario etc.) con el que, en otro tiempo, contaba la relación laboral por lo que el empleado se siente indefenso e inseguro. Este es uno de los relatos de Diana:

[...] Nos robaron allá —en el tienda a tienda— nos robaron, a nosotros nos pagaban por cada pedido, nos pagaban un porcentaje, entonces nosotras hacíamos, pues lógicamente muchos pedidos y nos decían, si yo vendía, por ejemplo 500 mil pesos en productos, nos decían no, que el cliente solamente pidió, 300 mil entonces eso ya nos bajaba la comisión. Después, nos enteramos de que el cliente si había pedido los 500 mil y si habían recibido los 500. —¿Y no había ante quién poner la queja?— No, nos salimos porque el que atendía la bodega era el mismo dueño y era una bodega ilegal. Sí, era en una casa por allá al sur, cogieron y adaptaron una casa. En el cuarto metían todos los productos que compraban en otro lado, —nunca supe dónde los compraron—, y contrataban gente y desde que tú entrabas, lo primero que te decían: aquí no hay prestaciones, es salario integral según ellos, pero nunca te pagaban lo que era. Y en el momento de retirarse uno, no había ni médico, ni cesantías, ni pensiones, nada. Porque era *salario integral*. Entonces, yo me retiré de ahí, solo estuve dos meses y ya y ahí fue donde entonces empecé a buscar y pasé a *outsourcing*.

En una relación laboral entre patrón y subordinado, se da una correlación de fuerzas en la que cada agente trata de llegar hasta donde mejor le convenga. Esa correlación de fuerzas está regulada por la ley y la cultura. Incluso, si entendemos la ley como una construcción cultural de lo que se debe o no hacer, podemos afirmar que esa correlación está regulada por la cultura. Es decir, que entre el patrón y el subordinado se teje una red simbólica que ordena, valora y delimita el trabajo y su modo de darse. Sin embargo, en momentos de rupturas o crisis en el capitalismo, donde los modos de producción se desplazan o “desordenan”, o mejor, se informalizan, el orden cultural que se refiere al trabajo también se desdibuja. Esta crisis de sentido permite al empleador exigir y maltratar más allá de

lo socialmente permitido, más allá de la dominación simbólica. Al empleado, por su parte, esta crisis de sentido le produce la angustia típica de quien se queda sin herramientas para medir, valorar y orientarse en el trabajo. Aquí se ve cómo la crisis de sentido en el trabajo se manifiesta en la subjetividad. Veamos el caso de Harbey:

—Por decir algo, estando yo prestando servicio de vigilancia en una de las empresas más grandes, que es Bavaria, lo tratan a uno a punta de vulgaridades. Y como uno está en una empresa de vigilancia temporal, le toca aguantarse. Si uno coloca una queja ante un funcionario, entonces él lo que hace es poner en tela de juicio el contrato de la empresa de vigilancia. Si uno la coloca a un superior, él dice: “si uno sigue dando quejas...”. Cuando uno se queja le dicen, que si uno se siente mal la opción es irse [...]. (Harbey)

Para las mujeres, el acoso sexual y su aceptación es una forma de conservar el empleo:

—Muchas veces tú tienes que, en diferentes empresas, incluso aquí en Bogotá, tienes que salir con tus jefes, tienes que ser más “sociable”, entre comillas, sí, para que tú puedas conseguir un, por lo menos un trabajo fijo o alguien que te proteja —¿Tú has visto eso, o lo has vivido?— No. O sea, yo lo vi. Una niña que trabajaba entró a ese *outsourcing*. Ella entró a hacer revisión de documentos por un mes. Antes de terminar el mes, todos sabíamos que ella salía, con el hermano del dueño de la empresa y con el jefe de producción y, antes del mes, ella ya era la recepcionista de la empresa y ahí está, hace dos años que está ahí en ese puesto y sigue en las mismas, sí, entonces, si tú no eres de las que vas a tomar todos los fines de semana con ellos, o no eres de las que puede ir a un viaje de negocios, o un paseo, o lo que sea, pues empiezan como a hacerte a un lado.

Los sujetos desempleados manifiestan fuertemente la crisis de sentido provocada por las transformaciones del mundo laboral. Como el trabajo era la actividad que organizaba el tiempo (trabajo, ocio, familia, descanso), hay una tensión extrema cuando se es excluido de esta actividad normalizadora. Socialmente, se es un vago, alguien que no hace nada. Subjetivamente, se siente como alguien que gasta pero no produce: gasta todo su tiempo en buscar alternativas de conseguir entradas económicas y pierde el tiempo para el ocio. Gasta recursos en la reproducción de sus fuerzas que no se compensan con nada porque “no produce”. Esta tensión toma forma en un ambiente familiar en que las peleas y los reclamos se hacen cotidianos y el sujeto desempleado se siente impotente por su condición de “inútil” y por la exclusión social que la acompaña. Teniendo en cuenta la preponderancia que las categorías de tiempo y espacio tienen como ordenadoras del mundo social y de la cultura, el hecho de que se trastoque el sentido del tiempo en la situación del desempleado genera múltiples tensiones. En la sociedad de consumidores, crece la

necesidad de tiempo personal para la construcción de las identidades. El cuidado individual y el *management* de la identidad requieren tiempo (Rosenmayr y Kolland, 2002, p. 232) pero este tiempo es tiempo muerto si no hay dinero. La posibilidad de disfrutar el tiempo está atravesada de manera fundamental por las posibilidades de consumir. Las personas jóvenes son quienes más sienten esta carencia, por estar enteramente educadas en este nuevo modelo (Bauman, 2007, p. 142). En los mayores es también tiempo muerto, pero porque no está destinado a la producción:

Y yo no sé, pero siempre uno sin empleo genera más gastos.

Porque pasa uno mucho tiempo, digamos que va a salir uno, cualquier salidita, va a necesitar plata, mientras está uno trabajando por lo menos está produciendo y está uno cesante y está es gastando. Uno está empleado y uno pasa las 24 horas, o las 12, lo que trabaje uno, pero uno está es produciendo, mientras que cuando uno está en la casa las 24 horas o las 12 está es gastando, gastando y no hay entradas. (Édgar)

Es básico. Comenzando que Bogotá, no sé, todo el mundo, se convirtió en que todo es plata. Y, si uno va a comprar una bebida, plata; que si va a sacar una fotocopia, plata; que si se va a trasladar de un lugar a otro, plata. Entonces, lo fundamental es trabajar o montar un negocio de algo, ¿sí? tener como algún tipo de ingreso. (John)

La pérdida del ordenamiento del tiempo y del espacio supone un cambio en las rutinas socialmente valoradas y ordenadas por el trabajo asalariado, esto es, destinar un tiempo al trabajo y otro tiempo al descanso y evaluar el entorno social a partir del modo en que estas condiciones se respetan. Este cambio implica una desestabilización total de las actividades y los proyectos individuales. Si las rutinas —que tanto tiempo tardan en generarse y que le dan al individuo un sentimiento de tranquilidad— se rompen en la situación de desempleo, se genera, sin duda, angustia, la sensación de flotar a la deriva sin un objetivo específico (Giddens, 1996, p. 53).

Aunque en los discursos de las personas entrevistadas sigue circulando la ética del trabajo propia de la sociedad moderna, en la que los individuos consideraban que el trabajo era la forma más adecuada para ser feliz y para aportar algo a la sociedad a cambio de unas condiciones dignas de existencia (Bauman, 2005), cada vez se relaciona menos con las experiencias vividas por los sujetos. Esto se hace más claro en las experiencias de las personas mayores, cuyas generaciones fueron educadas en esa ética del trabajo y quienes, en este momento, no han podido insertarse en el mercado laboral, lo cual consideran como un rechazo por parte de la sociedad en su conjunto. Pedro, Soledad y Luis muestran ese desencanto en sus relatos. Para los(as) más jóvenes, las condiciones laborales tan precarias que han acompañado su trayectoria laboral hacen muy difícil considerar el trabajo como un fin en sí mismo y es visto desde una perspectiva más instrumental, lo que no implica que dejen de advertir que la posición del trabajador está cada vez más en desventaja y es acompañada de una

serie de maltratos y de abusos. La afirmación de Bauman (2005) de que el efecto que causa en los pobres cambiar su función de “ejército de reserva de mano de obra” en la sociedad industrial para ser ahora “consumidores expulsados del mercado”, les quita cualquier función útil y trae profundas consecuencias para su ubicación en la sociedad (Bauman, 2005 [1998], p. 44). Esto se hace tangible en el testimonio de las personas entrevistadas, especialmente las mayores, que se quedan sin las posibilidades de realizar los proyectos que consideran centrales como la posibilidad de conseguir pareja y formar una familia que, en términos personales, están devaluados y dependen de las ayudas de sus familiares y amigos que deben llevar existencias signadas por la carencia y la zozobra de no poder encontrar algo que se ajuste a lo que ellos desean. Se sienten expulsados de una sociedad en cuyos valores algún día creyeron y que, cada vez, tienen menos sentido. Sus esquemas de pensamiento, acción, percepción, es decir, sus *habitus*, hacen parte de una cultura que se transformó y que no ofrece un lugar para ellos.

El proceso de individualización es ambiguo y contradictorio. El mundo social determina, en gran medida, la existencia privada, pero individualiza los riesgos sociales. La individualización significa dependencia del mercado en todos los aspectos de la vida, pero, cada día, ese mercado es menos seguro para amplias capas de la población que no logra insertarse en el mercado de trabajo y, por ende, queda excluido de lo que Bauman denomina la sociedad de consumidores (Bauman, 2005, p. 11). Si el consumo es el ámbito privilegiado en donde se realizan las identidades personales, las personas desempleadas no cuentan con la capacidad de elección que caracteriza el ideal de consumo que trae consigo esta nueva sociedad y que se manifiesta en la realización incompleta de sus identidades sociales. Esto se observa con mayor fuerza en las identidades como padre y como madre. El caso de Édgar, quien evita el contacto con su hijo por la imposibilidad de ofrecerle cosas; el desprecio que siente Jhon de parte de su esposa porque deja de ser proveedor; la angustia que sufre Diana por no poder “darle gusto a su hijo”, muestran el costo que tiene en las identidades el hecho de no estar inscrito en el mercado laboral para las personas cuyo único capital es la venta de su fuerza de trabajo.

Las privaciones más sentidas por los distintos agentes en situación de desempleo cambian de acuerdo con su edad, género, educación y con la responsabilidad directa por la manutención de hijos e hijas. Las entrevistadas jóvenes y sin hijos consideran la reducción de los gastos en ropa y demás elementos relacionados con la presentación personal uno de los cambios que más las afectan. En la medida en que la presentación personal es una exigencia social para las mujeres y el empleo femenino tiene muy en cuenta esta “cualidad”, se explica el peso que esto tiene en las valoraciones de este grupo. En las personas que responden por sus hijos e hijas —independientemente de la edad—, las privaciones sufridas por la imposibilidad de complacer a sus hijos son las más difíciles de vivir. Para las personas mayores, el no tener “nada asegurado” (casa, pensión, posibilidad de establecer una familia) se considera lo más grave de la situación.

Son conscientes que su edad es un impedimento más para insertarse en el mercado laboral y que la incertidumbre es lo único cierto en sus vidas.

A diferencia de lo ocurrido en Argentina, donde en algún momento de su historia política se consolidó la identidad obrera y fue más evidente la distancia existente entre el empleo y el desempleo o la subocupación, situación que permitió la conformación de asociaciones de desempleados y una mirada y una respuesta más “políticas” al problema (Kessler, 1996; Svampa, 2000), en el caso colombiano se da la tendencia a la atomización del desempleo como problema particular que debe resolverse en el ámbito privado, sin contar, además, con ningún tipo de ayuda o de programa institucional que respalde las personas que se hallan en situación de desempleo. La precarización del mundo laboral vivida por la mayoría de las personas entrevistadas muestra cómo las fronteras entre empleo y subempleo son tan difusas que, más allá de relacionar el empleo con una serie de aspectos formales como la definición de espacios, tiempos y labores a realizar, la única característica que define el hecho de considerarse empleado es la de recibir una remuneración a cambio de la venta de la fuerza de trabajo, independiente de las condiciones que circunscriban esta actividad.

Hay una serie de condicionantes en la situación de desempleo que generan niveles mayores de tensión: el no tener con qué responder por las obligaciones económicas con los hijos, el cuestionamiento por parte del grupo familiar, los efectos de la falta de aporte económico en el “normal” desarrollo de la vida cotidiana (alimentación, educación, etc.). Los relatos muestran cómo el comportamiento que asume la persona con respecto al desempleo es juzgado de acuerdo al nivel de abnegación que presente. La persona a quien se ve como responsable de su situación —que escoge mucho o pide unas condiciones mínimas— es juzgada con dureza y pierde el apoyo moral, porque el económico se mantiene y permite conservar la relación de poder. La persona considerada víctima es apoyada sin reserva. Existe un condicionamiento cultural a la aceptación del trabajo como un sacrificio en pos del beneficio común; de allí, la facilidad que tienen los empleadores para cometer abusos. En la medida en que el desempleo trastoca la forma en que se ordenan el tiempo y el espacio y estos pueden considerarse las principales coordenadas que ubican a las personas en el mundo, la pregunta por el desempleo debe, sin lugar a dudas, partir de la pregunta por las experiencias y la identidad.

Considero, también, que el concepto de trayectoria laboral da luces sobre los referentes que les permiten a los entrevistados ubicar su lugar en el campo del mundo laboral y, a partir de allí, interpretar, desde su punto de vista, el mundo del trabajo y las dinámicas laborales en que han estado insertos. Considero que la situación de entrevista permitió que fluyeran una serie de inconformidades que usualmente no pueden expresarse. Yo estaba pidiendo que relataran una situación de la que no se habla. En la medida en que ellos consideraban que esta situación era importante para mí, relataban con mayor libertad y, en algunos casos, con dramatismo, la forma en que los afectaba la situación. Creo que esto ocurrió de manera especial, con las

personas más jóvenes. Con los mayores, por el contrario, aunque salían a flote una serie de situaciones dolorosas, interpreto que, por salvaguardar algo de su dignidad, omitían detalles que dimensionaran cómo en pequeñas cosas se manifiesta el costo social y personal que conlleva el desempleo o quizá como una manera de mantener una actitud positiva.

La investigación realizada es relevante porque abre nuevas perspectivas de trabajo en un campo muy poco estudiado en Colombia: el tema del desempleo desde las vivencias subjetivas. Estudios de corte más etnográfico, que incluyan el acompañamiento de personas que se encuentren en situación de desempleo en sus espacios cotidianos o el análisis de las emociones —por ejemplo, desde una perspectiva antropológica— pueden profundizar y dar más luces sobre las construcciones culturales que enmarcan la manera en que se “procesa” a nivel emocional la situación de desempleo.

Bibliografía

- Bauman, Z. (2005). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2007). *Identidad*. Buenos Aires: Losada.
- Beck, U. (comp.) (2002). *Hijos de la Libertad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Beck Ulrich. 1998. *La sociedad del riesgo*. Barcelona: Paidós.
- Dubar, C. (1991). *La socialisation. Construction des identités sociales et professionnelle*. Paris: Armand Colin.
- Farné, S. (2003). *Estudios sobre la calidad de empleo en Colombia*, (documento en línea). Consultado en marzo de 2010 en http://white.oit.org.pe/osra/documentos/farne_dic9.pdf.
- Giddens, A. (1996). *Las consecuencias perversas de la modernidad*. Beriaín, J. (comp.). Barcelona: Anthropos.
- Giménez, G. 2005. La cultura como identidad y la identidad como cultura (documento en línea). Consultado en mayo de 2010 en <http://sic.conaculta.gob.mx/documentos/834.doc>.
- Godoy, L., Díaz, X. y Stecher, A. (eds.). 2005. *Cuadernos de investigación* N° 3. Centro de Estudios de la Mujer. Santiago de Chile.
- Kessler, G. (1996). Algunas implicancias de la experiencia de desocupación para el individuo y su familia. *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*. Buenos Aires: Losada.
- Rosenmayr L. y Kolland F. (2002). Mi modo de ver no es tu modo de ver. En Beck, U. (comp.) *Hijos de la Libertad*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Svampa, M. (ed.) (2000). *Desde abajo: la transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos / Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Thompson, J. (1993). *Ideología y cultura moderna. Teoría crítica social en la era de la comunicación de masas*. México, D.F.: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Yi-Fu, T. (2001). *Space and place. The perspective of Experience*. London: University of Minnesota Press.